

KAWITU WIXARITARI

MOISÉS MONTIEL TAPIA • PAOLA DENISSE LOZANO VERA



ILUSTRACIONES
MANUEL RODRÍGUEZ SÁNCHEZ



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licon

Directora de Comunicación Social

KAWITU WIXARITARI

Moisés Montiel Tapia
Paola Denisse Lozano Vera

Ilustraciones
Manuel Rodríguez Sánchez

Diseño editorial
Estefany Flores Muñoz

Coordinación
Norberto Zamora Pérez

México, 2021

Índice

4

**El descubrimiento
del fuego**

MOISÉS MONTIEL TAPIA

16

**El andamio de nuestro
abuelo Tatewari**

MOISÉS MONTIEL TAPIA

30

Viaje a Wirikuta

MOISÉS MONTIEL TAPIA

44

Flor de Luna

PAOLA DENISSE LOZANO VERA

50

**El venado
de sangre azul**

PAOLA DENISSE LOZANO VERA

59

**El espejo
de un sueño**

PAOLA DENISSE LOZANO VERA

INTRODUCCIÓN

HABLAR DE LOS KAWITU EN LA CULTURA WIXARIKA (CONOCIDA como huichol) es hablar de los relatos cosmogónicos. Su traducción literal es el “camino de *kawi*” (la oruga), ya que ella es quien guía a los peregrinos en su viaje a *Wirikuta*, lugar sagrado en el oriente de su geografía. Y así como la oruga se transforma en la mariposa por la metamorfosis, el peregrino al obtener conocimiento se convierte en un iniciado. El sabio que conoce gran cantidad de relatos cosmogónicos se llama *Kawiterutsixi*, y es de gran importancia para la comunidad ya que preserva su cultura arraigada desde tiempos inmemoriales. Este sabio además es portavoz frente a otros pueblos y otras culturas. Cabe señalar que el *Kawiterutsixi* forma



parte del Consejo de Ancianos, que es la autoridad principal en algunas comunidades *Wixaritari*, y además es respetado por su conocimiento.

De forma general, en las comunidades originarias los relatos son transmitidos a través de la oralidad. Así es que los *Wixaritari* transmiten los suyos de padres a hijos, pero también por medio de los *Kawiterutsixi* o de otros sabios, a las familias durante las ceremonias. Y ha sido gracias al trabajo etnográfico que se tienen varias versiones disponibles, precisando que todas son igualmente válidas. Pero dado que los *Wixaritari* son un pueblo de artistas, no será posible dejar de contar dichos relatos desde la visión de éstos, por ejemplo, plasmados en los *nierikate* (las tablas de estambre), que no son menos importantes que la oralidad para transmitir este conocimiento.

Entre los meses de septiembre y noviembre en diferentes comunidades *Wixaritari*, se realizan ceremonias relacionadas con los primeros frutos de las cosechas. Y al sumergirnos en su ritualidad podemos encontrar un entramado conceptual que las une fuertemente con los relatos cosmogónicos



de su pensamiento. De modo tal que su cultura, que se nombra “El costumbre”, es un esfuerzo ritual permanente, que incluye sacrificios y la búsqueda de visiones. Así que el interés de este trabajo es presentar parte de su visión cosmogónica, para poder tener un acercamiento a esta comunidad que ha sabido abrirse camino gracias a su creatividad y a su persistencia. La primera parte de este trabajo es un esfuerzo por mostrar su pensamiento racional, explicativo, digamos filosófico, pero también incluimos una segunda parte con una visión de tipo literaria muy bella.



EL DESCUBRIMIENTO DEL FUEGO

Moisés Montiel Tapia

Niño— ¡Tata!

Padre— ¿Qué pasó mi'jo?

Niño— He visto que si tomas un cerillo y lo raspas en la parte café de la cajita, se prende. Y luego con el cerillo prendes la estufa o el fogón afuera. Y frente al fogón se siente calientito y hasta sueñas mientras ves cómo se mueve la lumbre. Pero tengo una duda: ¿Cómo fue que surgió el fuego por primera vez?

Padre— Nadie estuvo allí para que nos lo pueda contar mi'jo, pero su historia se la contó mi abuelito a mi papá, y él a mí,



y la historia se viene contando desde muchísimos años atrás. Entonces es importante que oigas esta historia para que después tú se la cuentes a nuestro pueblo:

Tatewari es muy importante pues es el primero que procuró la salud a los hombres y guió a nuestros antepasados en sus peregrinaciones, en sus cacerías de venados. Además ilumina a todos los curanderos que llamamos *mara'akate*, en las ceremonias. Y por venir primero, nosotros le decimos *Tatewari* "Nuestro Abuelo".

Así mucho antes, había diferentes grupos de personas y uno de ellos era de seres monstruosos llamados *hewixi*, que vivían en *Haramaratsie* allá en las costas del mar de Nayarit. Eran monstruosos porque eran caníbales. En ese momento todo estaba dominado por las tinieblas, por eso le decimos que allí es el inframundo. Su reina déspota era *Takutsi Nakawé* "Nuestra abuela carne podrida" que además se emborrachaba con *tejuino* (fermentado de maíz). Allí se transgredían todas las leyes sexuales, había borrachera, y fiestas sin fin. El infra-



mundo sería destruido por el gran diluvio, pero mientras tanto, las noches eran heladísimas pues no existía el fuego.

Allí había uno de sus hechiceros que llevaba por nombre 'Apú, que fabricaba objetos con madera. En una ocasión comenzó a frotar un palito entre otro y al hacerlo con mucha fuerza, la viruta y el aserrín que cubrían los palitos comenzaron a humear y se encendieron (el fuego no había sido creado, pero estaba contenido en la madera). Una de esas personas— bestias al ver lo que había ocurrido se sorprendió, y dijo a 'Apú que lo nombrara *Tái* (fuego), pero el hechicero se opuso y lo llamó *Tatewari* así quedó su nombre.

Era la primera vez que se veía el fuego entonces era incontrolable, encendido se extendía a todas partes. Sucedió que un venado que lo miraba encandilado fue envuelto y el venado quedó consumido y así es como se empezó a cocer la carne para comer. Y también desde entonces los animales huyen del fuego. *Tatewari* llegó desde allí hasta unos barrancos.





De este modo fue como los *hewiixi* se adueñaron del fuego y pudieron reunirse en un solo lugar y controlar el frío. Con lo cual formaron un pequeño pueblo, pero había otras personas que no tenían fuego y se encontraban dispersas. Los caníbales no les permitían acercarse porque no habían ayudado en el descubrimiento de “Nuestro Abuelo”. Entonces personas cercanas al ser enemigos de los *hewiixi*, comenzaron a planear la manera de conseguir el fuego y lograr llevarlo a sus guaridas, y no quedó otro modo que robándolo.

Decididos a traer el fuego, muchos animalitos intentaron acercarse al fogón de los *hewiixi*, pero siempre los descubrían y los golpeaban duramente. Cuatro animalitos intentaron robarlo de forma fallida. Primero, el más osado fue el león, pero al ser tan grande hizo mucho ruido y aunque es valiente, eran demasiados contra él solo. El segundo fue la serpiente astuta, pero cuando llegó no supo sujetar el fuego pues no tienen extremidades. El tercero fue el colibrí pero al tomarlo con el pico se le quemó, antes lo tenía del doble de largo. El cuarto



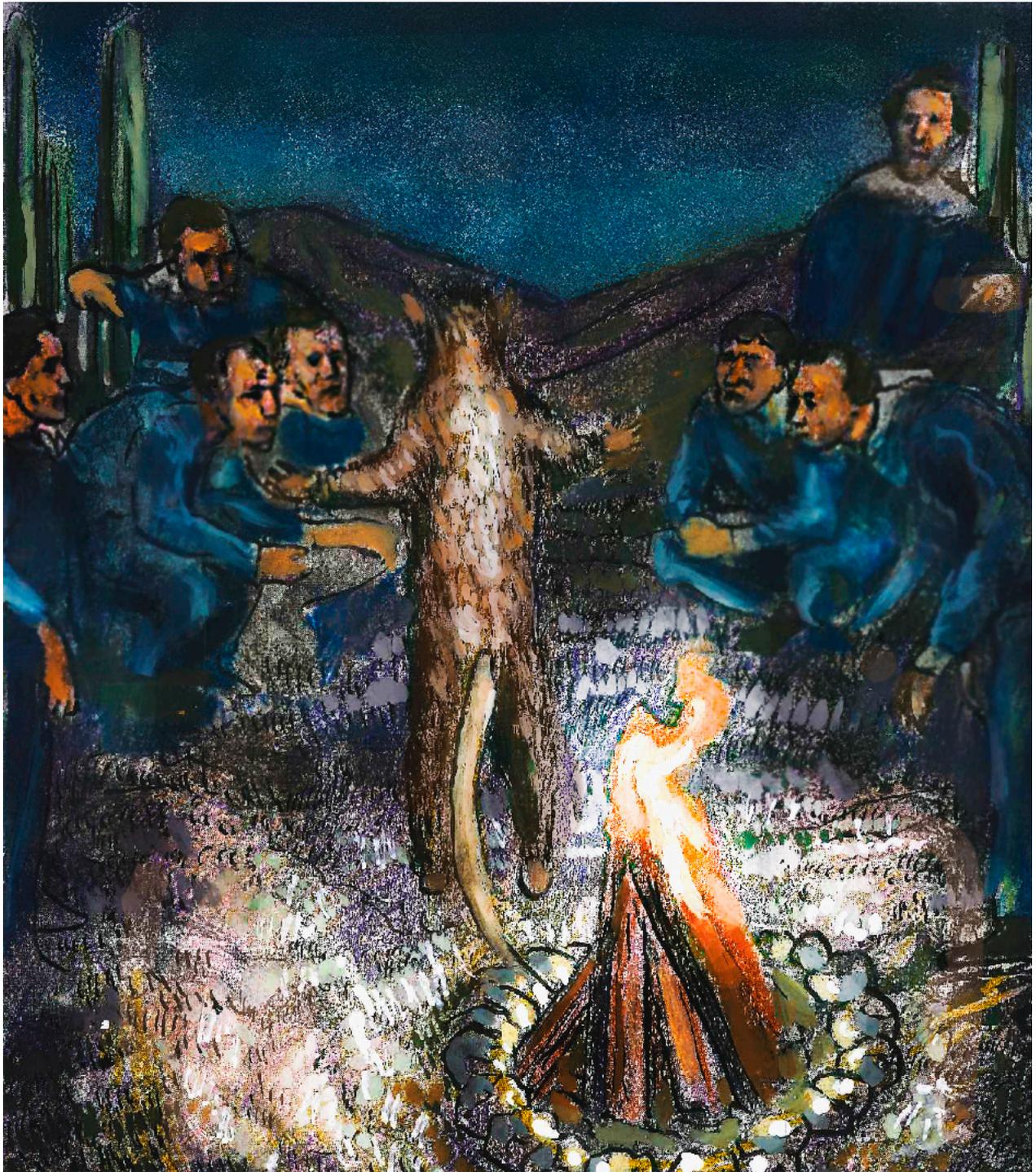
fue una rata que tenía todas las cualidades para lograr la misión, era pequeña, tiene dedos, es rápida, pero al llegar frente al fuego se acobardó, por eso ellas viven entre las tinieblas. Pero el quinto sería exitoso, así como los cinco rumbos cardinales son la totalidad. A los cuatro rumbos se les agrega el centro, y se le nombra *Te'akata*, arriba y abajo a la vez. *Te'akata* es la sierra donde vivimos los *wixaritari* actualmente, su significado es el “lugar del horno”, porque aquí fue donde *Tatewari* “Nuestro Abuelo” se quedó a vivir después de que lo conquistaron.

Pero como te contaba nadie pudo apropiarse del fuego, hasta que la tlacuache que es muy ágil e inteligente se comprometió a lograr la empresa. Ella es nuestra heroína y le dijo con grande aliento a nuestra gente:

— Les prometo mis hermanos que no volveré hasta que traiga el fuego para nuestra comunidad *wixarika*.

Entonces al ser inteligente consiguió llegar hasta donde estaba *Takutsi Nakawé* la gobernante déspota, pues





la tlacuache era un ser muy locuaz y lograba que los monstruos le prestaran mucha atención. Y les preguntó cómo fue que consiguieron semejante tesoro. Y también les expresaba la calidez que se siente al estar cerca del fuego:

— ¡Este grande calor vendrá a cambiar la vida de toda la humanidad! — les decía muy inspiradamente.

En fin, se iba ganando la confianza de los caníbales. Estando así, pensó que era la hora de tomar el fuego, se paró frente a ellos y dando la espalda a la fogata, mientras hablaba, tenía muy entretenidos a los caníbales. Pero lo que no sabían los *hewiixi* es que la cola del tlacuache es prensil. Así que con su cola tomó discretamente un carbón encendido, esa es la razón por lo que hasta hoy tiene su cola pelada, y entonces ágilmente se echó a correr. Los caníbales conscientes de la burla fueron tras de ella, pero la tlacuache no pudo escalar el inframundo y justo antes de ser alcanzada guardó el carbón en su marsupio. Cuando la alcanzaron



le reclamaron muy fuerte, y la patearon, le retorcieron el pescuezo y la dejaron como muerta. Entonces buscaron el fuego robado y no vieron absolutamente nada, porque lo había echado en su bolsita. Los caníbales se volvieron a su pueblo, sin darse cuenta que la tlacuache uso el truco de hacerse la muerta para librarse de sus enemigos. Después de que se fueron los caníbales, la tlacuache abrió sus ojos y buscó el carbón, y aún seguía caliente. Y dijo:

— No se llevaron el carbón que me eché en mi bolsita, tengo un pedacito que florecía de *Tatewari*.

Rápidamente se fue a su casa con sus hermanos *wixaritari* y soplaron sobre el carbón y encendieron yesca. Así fue como finalmente lograron conseguir el fuego y como te dije esto ya fue en *Te'akata* lugar donde habitaría “Nuestro Abuelo”.

Te he contado esta historia hijo para que no confíes solamente en la tecnología y para que conozcas el origen





de las cosas. Y así la próxima vez que alguien te pregunte ¿cómo fue que surgió el fuego? Tú no vayas a responder: “Porque abro la perilla del gas, o porque tengo leña”, porque si tal dijeres serías tomado por una persona simple y deshonrarías a nuestros antepasados.



Referencias:

Benítez, Fernando. (1984). *Los indios de México. Tomo II. "Los huicholes"*. Serie mayor, 604p. Ciudad de México, México: Era, 180— 189.

Furst, P., y Nahamad, S. (1972). *Mitos y arte huicholes*. México: SEP/SETENTAS 50, 7— 10.
Neurath, J. (2013). La vida de las imágenes. *Arte huichol*. CDMX, México: CONACULTA.

Ramírez, E., y Valdés G. (1982). *Canciones, mitos y fiestas huicholes*. México: DGEI/SEP, 21— 25. Recuperado de <https://arqueologiamexicana.mx/mexico—antiguo/como—aparecio—nuestro—abuelo—el—fuego>



EL ANDAMIO DE NUESTRO ABUELO TATEWARI

Moisés Montiel Tapia

Niña— *Kutsi* “Abuelita” ¿a dónde llevas esas *xukúrite* “jícaras” tan hermosas?

Kutsi “Abuelita”— Son un regalo que llevo a *Te’akata*.

Niña— ¿Por qué vas allá *Kutsi*?

Kutsi “Abuelita”— Porque esto lo han hecho nuestros antepasados y nosotros tenemos que seguir sus pasos, es *yeiyari* “El costumbre”. Y quien desobedezca será un aliado de la oscuridad. Así que año tras año tenemos que participar en nuestras ceremonias para que perdure nuestra cultura.

Niña— *Kutsi* ¿Quién nos enseñó *yeiyari* ‘El costumbre’?



Abuelita— Tú has visto cómo hacemos diversos cuadros de estambre. En ellos se contienen las historias sobre nuestros antepasados, que son nuestros mayores. También sabes que elaborar un cuadro de estambre no es cosa tan sencilla, implica comprometerse y también participar en las ceremonias, así como en los viajes a *Wirikuta*, que es el oriente de nuestra geografía. Te voy a contar la historia de un cuadro de estambre muy bello, que se llama “*El andamio de Nuestro Abuelo*”, para que conozcas cómo fue que adquirimos “El costumbre” que es nuestra cultura *wixarika*:

Tú conoces cómo surgió *Tatewari* “Nuestro Abuelo”. Él fue el primero que alcanzó el *nierika* que es el “don de ver”, es decir, conocía las imágenes de nuestros antepasados y la verdadera forma del mundo. Y con el conocimiento alcanzado prodigó luz en la época de tinieblas. Es por ello que fue el intermediario entre los ancestros y los hombres, pues trajo el *iyari* “memoria— corazón” ó “ser verdadero” de aquellos, para nosotros los *wixaritari*. Además él fue el primer *mara’akame* (curandero), y enseñó a los que vinieron después a mantener el cosmos ordenado. También es





importante *Tatewari* porque él elevaba muchos cantos, que tratan sobre los primeros tiempos del mundo y de los antepasados, por eso se le dice *Kawiteru* “Principal”. En pocas palabras, él nos enseñó *yeiyari* “El costumbre” y te voy a contar cómo fue que lo consiguió.

Para empezar, tienes que saber que el todo está dividido en tres estratos. Existe el inframundo donde perdura la oscuridad, la temporada de lluvias, y el que fue el hogar de los caníbales, pero también es el lugar donde están los espíritus torpes, y que no obedecen o que no tienen *yeiyari* “El costumbre”. Por esa razón allí no hay respeto, cualquiera se mete con la mujer de otro, y es lugar de borrachera y fiesta eterna. El todo también puede verse como un gran cuerpo, así el inframundo consiste en la parte de abajo del mismo, es decir, los pies y las piernas, incluyendo los órganos sexuales hasta la cintura. Los otros dos estratos son el mundo y el supramundo, que enseguida te explicaré, pero lo relevante es que nuestra historia empieza allí en el inframundo.



En los inicios, nadie podía salir de él. Allí se encontraba *Tatewari*. En el cuadro podemos distinguirlo por traer la cornamenta y cola de venado en la cabeza, lo que representa su calidad de un hombre sabio y con poder. También lleva colgadas múltiples plumas en sus muñecas y en sus hombros, que evocan al águila que habita en el cielo. Del mismo modo en su pecho lleva tres puntos rojos, pues el viaje que realizó fue desde el inframundo, pasando por el centro, hasta llegar al supramundo.

Allí en el inframundo se encuentra *Kauyumarie* “Venadito del Sol”, que también recorrió el camino hacia al supramundo acompañando a *Tatewari* y los demás antepasados. *Kauyumarie* tiene un papel importante, pues él con otros abuelos se pusieron a fabricar las jícaras. Estas están fabricadas con bules (que también se conocen como guajes, partidos por la mitad) las cuales están decoradas en su interior con cuentas pegadas con cera. Es así como los *wixaritari* aprendimos a hacer las nuestras con símbolos y diversas figuras, además de saber utilizar los colores adecuados. Las jícaras se ocupan en



muchos momentos, pero uno particular es que evocan a los antepasados y los puntos cardinales relacionados con ellos.

Kauyumarie además fabricó unas flechas que se ocuparían para la cacería de venados, pero también para controlar a los poderes del inframundo, que son deidades de la fertilidad sin contención, del caos y de la oscuridad. Estas flechas y jícaras fueron las primeras, que por cierto, resguardamos en nuestra comunidad y en las cuales nos basamos para hacer las nuevas.

Entonces *Tatutsi Maxakuaxi* “Nuestro Bisabuelo Cola de venado”, que es otra forma de referirse a *Kauyumarie*, instruyó a *Tatewari* cómo encontrar el camino hacia el supramundo, pues él lo sabía. Y le encomendó además la tarea de llevar estas jícaras y flechas, para dejarlas en los sitios más importantes de su viaje.

Tatewari ideó un plan, un camino, para salir del inframundo. La solución fue construir una serie de estruc-





turas lo suficientemente altas para lograr el objetivo. Y de manera inteligente lo que construyó fue un andamio, que puede crecer a alturas sorprendentes. Este andamio puede verse como la planta de maíz, pues a partir de sus raíces, el tallo va creciendo hasta llegar a la flor y allí termina. Las raíces están en el inframundo, el mundo es el tallo y sus flores se elevan hacia el cielo.

Debes tener en cuenta que se requirieron grandes esfuerzos de nuestros antepasados para construir este andamio. Y una vez construido emprendieron el ascenso *Tatewari* y los demás ancestros. Este ascenso de la oscuridad al supramundo, se ve a su vez también, como el viaje del poniente al oriente. Es decir, de *Haramaratsie* en las costas de San Blas en Nayarit, a *Wirikuta* en San Luis Potosí, el viaje del mar al desierto. Pero realizar este viaje (el ascenso) tampoco fue cosa sencilla. Se requirió grande fuerza de voluntad y valor, pues *Tatewari* al emprenderlo se abstuvo de todo lo que tiene que ver con el mar y la oscuridad. Evitó comer sal, así como de pensar mal, de tener relaciones sexuales, y durmió poco, con



el único objetivo de llegar a la claridad, al *nierika* que es “el don de ver”. Este sacrificio que hicieron nuestros antepasados, les dio el conocimiento que les permitió mantener el cosmos ordenado.

Entonces el viaje inició en el mar y fue allí mismo, en la playa de San Blas, donde se dejaron las primeras jícaras y flechas. Actualmente aún seguimos dejando las nuestras en este lugar, pues de allí iniciaron su viaje nuestros ancestros. Después avanzaron al este y llegaron a *Te'akata*, en la sierra *wixarika*, donde a su vez dejaron otras jícaras y flechas. Por eso en el cuadro de estambre vemos a *Tatewari* en *Te'akata* sobre un *tepari* (un disco de piedra labrada, en la que él descansa). El *tepari* está colocado sobre un hueco, pues representa a la tierra que está sobre el mar (identificado con el inframundo). También a partir de entonces, cuando nosotros vemos un venado en nuestra sierra, recordamos a *Maxakuaxi* nuestro bisabuelo que guió a *Tatewari*, pues el venado lo representa.



¿Recuerdas que te dije que el todo se ve como un gran cuerpo? Pues precisamente el mundo corresponde desde la cintura al cuello, siendo el ombligo el centro, que es la sierra *wixarika*. Mientras que la cabeza así como nuestros pensamientos, corresponden al supramundo, es decir, *Wirikuta*, que es el lugar hacia donde se dirigieron nuestros antepasados una vez que se encontraron en el ombligo, que es *Te'akata*.

Entonces dejaron también jícaras y flechas cuando ya estaban cerca de *Wirikuta*, en los lugares más importantes. De este modo aprendimos “El costumbre” de llevarlas en pares (jícaras y flechas), a los diferentes sitios en nuestros viajes, así como el uso de otros objetos ceremoniales como el *muwieri*, que es una flecha emplumada. Y conforme ellos iban concluyendo su viaje, la planta de maíz que te conté, se hizo amarilla, símbolo de que estaba madurando. Y *Tatewari* también tuvo conocimiento del momento de cosechar por primera vez la planta de maíz, que le decimos *Tatei Niwetsika* “Nuestra Madre Maíz”. Esta planta también se puede ver como un cuerpo,



sus raíces son sus piernas y pies, su tallo son la cintura y pecho, sus hojas son sus brazos, su flor es la cabeza con sus cabellos, mientras que los elotes son como hijos que cría la planta. Así fue como nosotros los *wixaritari* aprendimos a cosechar la milpa.

Finalmente después de tan larga y dificultosa misión, Tatewari y nuestros mayores, llegaron a la cima de *Reu'unari* el “Cerro Quemado” en *Wirikuta*. En ese preciso instante el Sol emergió en el horizonte, eso significa que alcanzaron *nierika* conocimiento, y lograron contemplar las cosas con claridad. Esa sabiduría es la que dieron a sus descendientes, que somos nosotros los *wixaritari*. Tatewari regresó después a *Te'akata*. Desde ese entonces “Nuestro Abuelo” se representa como una serpiente con plumas de tecolote. Así fue como aprendimos que el viaje de *Haramaratsie* a *Wirikuta* se debe hacer año tras año, y que debemos abstenernos de muchas cosas como los mayores lo hicieron, para recordarlos y continuar con su labor. Del mismo modo yo quiero que tú y tus hijos guarden “El costumbre” cuando





nosotros ya no estemos en esta tierra, y así nos recuerden y honren, como nosotros lo hacemos con nuestros abuelos.



Referencias:

Carrera, Maldonado, B. (2017). *Cosmogonía de los wixaritari a través de un nierika*. En E. Galicia (Ed.), *Acervo Mexicano. Legado de culturas* (pp. 268— 287). Puebla, México: Acer— Vos. Patrimonio Cultural Iberoamericano.

Negrín, J. (1977). *El arte contemporáneo de los huicholes*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara— INAH. Recuperado de <https://www.wixarika.org/es/el— arte— contempor%C3%A1neo— de— los— huicholes>

Neurath, J. (2013). *La vida de las imágenes. Arte huichol*. CDMX, México: CONACULTA.

Orellana, Margarita. (2005). *El andamio de nuestro abuelo*. *Artes de México* (75), pp. 50a — 50d. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/24316157>

Villegas, L. (2016). *Dioses, mitos, templos, símbolos: El universo religioso de los huicholes*. *Americana. Revista de estudios latinoamericanos* (3), pp. 4 — 48.

Caminos de Luz. Universo Huicholes. INAH. Recuperado de <https://universoshuicholes.inah.gob.mx/home.html#inicio>



VIAJE A WIRIKUTA

Moisés Montiel Tapia

El viaje a *Wirikuta* está lleno de emoción. Las personas que se encuentran en el camino, están ahí para ser parte de la narración de alguna historia, la nuestra. Los actos de cada persona develan lo que hay guardado en su *iyari* “corazón”. Pero lo que sí debe haber en uno para llegar a nuestro destino, es deseo de aventura.

La primera noche rumbo a *Wirikuta*, qué bendición, fue bajo el cobijo de una cabañita a un costado de la carretera. Pero uno nunca está totalmente apacible, aunque si se piensa que otros padecen situaciones peores, entonces se comienza a apreciar lo que se tiene... Al amanecer, desde muy temprano, visualizábamos continuar el camino, sin saber lo que nos esperaba. Pues si se supiera no habría libertad, que es



hacer una cosa o la contraria con exactamente la misma posibilidad. Pero la libertad conlleva la responsabilidad de la decisión tomada. “Ahora debemos vivir unidos a lo divino... Sólo sobrevivirá nuestra sabiduría”— es lo que dicen mis antepasados y ya lo comprendo. Aún, si más adelante, uno tiene que contener los impulsos más instintivos, ya sea por miedo al castigo o por amor a la virtud, la corona de esta última siempre va a ser mejor que el vicio.

En seguida, caminamos cuesta arriba y nos hizo olvidar lo duro de la prueba. Sin embargo el paisaje que nos rodeaba a pesar de ser árido y caluroso era al mismo tiempo acogedor. Después pasamos un túnel oscuro, pero como dice el prologo: “Siempre hay una luz al final del túnel”. Y por fin llegamos a Real de Catorce.

Sé que hay miles de pensamientos y circunstancias que envuelven a una persona durante el día, pero ¿cuál más fuerte que la de conservar la vida? Así que ¡a trabajar! Unos trajeron leña que se necesitaría en la noche. Otros vendíamos algún utensilio de chaquiras, que quizás no sea necesario pero



¡cómo es bonito! Otros nos ganamos de diferente forma el sustento. Y en todo momento volvemos a sentir la libertad y con ello la responsabilidad. Definitivamente ese es el valor de la vida. En la tarde, después del esfuerzo y antes de irnos a la fogata, comimos. Y aunque era poco, alcanzó cada quien su parte y fue un verdadero placer.

Estábamos todos alrededor del *Tái* “Fuego”, y nos sentíamos a gusto, pues la luz se defendía a ser consumida por la negrura de la noche. Algunas personas bailaban y se movían como si fuera la primera vez que ocuparan sus cuerpos. Otras más estaban cantando y abrazándose, mientras hacían juegos de sonido con sus voces. Alrededor de nosotros las cumbres de los montes estaban en silencio. Desaparecían en instantes tras la oscuridad del entorno, que no alcanzaba a ser totalmente iluminado por la fogata. Que vista a la distancia, a cientos de metros era simplemente un punto luminoso como una estrella. Y el cielo estrellado que ha acompañado a la humanidad desde sus inicios, ahora estaba con un grupo de peregrinos que dormían por primera vez en Real de Catorce.



Al amanecer, las impresiones de la reunión en la fogata, se mezclan con la misión de este día: caminar en el dentro del desierto. Es necesario bajar de la Sierra y buscar la senda que lleva al corazón de Estación Catorce, el país del *hikuri*. Aunque uno va acompañado, se necesita un momento a solas para escuchar los propios pensamientos. “Se debe ser muy cuidadoso porque en cualquier instante se puede caer”—eso aprendí. Cuando se ha llegado lo suficientemente lejos, y se ha visto lo que se buscaba, es la hora del regreso. También es la oportunidad adecuada de elevar una oración, porque el viaje ha terminado y la vuelta será igualmente otra aventura. Este ha sido uno de mis viajes durante mi juventud a *Wirikuta*, tierra de sabiduría. Ahora que soy un hombre reconozco la importancia de visitar ese lugar y se los voy a explicar a través de una ceremonia.

Todas las historias de los *Wixaritari* no se pierden, sino que perduran en la memoria de los *Mara’akate* (plural de *Mara’akame*, curandero). Y mientras ellos cantan, pues también son cantores, van recorriendo el camino de *Tatewari* “Nuestra abuelo” y los ancestros, a través de sus diferentes



niveles. Ese recorrido que hicieron desde “abajo” hasta el supramundo. Así que las ceremonias sirven para recordar a los antepasados y darles su respectiva honra. Y alcanzar al final de ellas, *nierika* “don de ver”. A continuación contaré, no tanto el relato de cómo surgió *Yuimakwáxa* “La ceremonia del tambor, de la calabaza y de los elotes tiernos”, aunque lo hay, sino las palabras de lo que el *Mara’akame* dice sobre ella. Ya que muestra la relevancia de que los niños pequeños también conozcan *Wirikuta*, en este caso, aunque sea simbólicamente:

Durante la temporada de lluvias que va desde mayo hasta septiembre es tiempo de mucha hambre, pues algunos tienen sólo maíz seco que han guardado del año pasado, y otros, ni eso. Es un tiempo muy duro para todos nosotros, de mucho sufrimiento. Es por eso que, dentro de lo que pedimos cuando vamos a *Wirikuta*, es que haya buenas cosechas. *Yuimakwáxa* “La Ceremonia del tambor” es muy especial, pues está dedicada a las primicias que nos han nacido (de septiembre a noviembre). Pero no se debe olvidar que el



maíz tierno y la calabaza nueva son sagrados. Aunque haya hambre, comer los primeros frutos antes de hacer este ritual, es peligroso. Pues se debe agradecer el recibirlos y pedir a Nuestro Creador que el resto de la siembra se logre y termine de madurar.

Se caza el *Máxa* “Venado” y para ello salen varios hombres. Las mujeres en el hogar cantan y rezan. También preparan el *naawá* (bebida de maíz fermentado). Todos ayunan antes de salir a la cacería. No se puede comer, ni pizcar, hasta que se haya cazado al venado, ya que su sangre se usa para asperjar los utensilios rituales. Y la noche previa a la ceremonia, el *Mara’akame* lo pasa en vigilia cantando en el *Túki* “Templo”. Allí recuerda los tiempos antiguos y todos rezan hermosamente sentados en forma de círculo, ocupando cada quien su lugar.

Al amanecer, en el patio comienza un viaje simbólico.

El *Mara’akame* ocupa su asiento y a un lado los niñitos y del otro las niñitas, que tienen entre uno a cinco años





de edad. Todos ellos se ven muy bellos con sus ropitas y sus utensilios de colores. Además llevan sus sonajas que al agitarlas durante todo el día, parece el sonido del aleteo de las aves. El *Tépu* “tambor” afinado por el *Mara’akame*, tiene su parche de la piel del *Máxa* y se toca todo el tiempo que dura la ceremonia, por eso la fiesta lleva su nombre. Durante la misma, el cantador les habla a los niños de los ancestros para que logren conocer el corazón de los *Wixaritari*.

El sabio dialoga con los pequeños y les explica: —Hijitos, es necesaria esta ceremonia para que se puedan comer los maíces tiernos y las calabacitas. Porque ahora tenemos mucha hambre. Vamos a ir volando a *Wirikuta*, hacia la dirección donde surge el Sol.

Salen como una parvada de tórtolas y vuelan sobre las cumbres de las montañas, planeando todos juntos sobre los valles y ríos, muy velozmente. Mientras se marchan, se ven a lo lejos cada vez más pequeñas. El conjunto deavecitas ahora es guiado por un águila poderosa



y bella que es el *Mara'akame*. Pero por allí se ve una tórtola (que es una niña) a la que se le está cayendo su ala, y que vuela con dificultad. Se atrasa y queda tendida en tierra. La razón es que sus padres han cometido muchas transgresiones. Así que el *Mara'akame* se acerca y le sana su alita para que siga volando junto a los demás. Ella lo bendice profundamente.

También en el pasado, *Kauyumarie* al ser gran científico, les ordenó a unos padres que lo habían consultado, cuyos hijos enfermaron, que llevaran *xukúrite* “jícaras”, las flechas, unas velas, *nierikáte* “cuadros de estambre” a *Wirikuta*. Así mismo en la noche el cantador entonó himnos sagrados y al amanecer se tocó el tambor. Los pequeños de dicha historia, tenían dibujados lindos solecitos y puntos amarillos en sus mejillas. Les pusieron además bonitas plumas en sus cabellos, crucecitas de estambre y listones nuevos, para que se vieran bellamente adornados. De esta manera se curaron los niños de su enfermedad. Y así el *Mara'akame* actualmente con la enseñanza de *Kauyumarie* a aprendido a curar a los niños.





El vuelo que realizan las tórtolas es largo y fatigoso, dura todo el día. Pasan por muchos sitios de la sierra *Wixarika*. Y cuando están cerca de Real de Catorce, se detienen en algunos lugares muy importantes. Entre ellos *Tatei Martinieri*, donde hay un ojo de agua; en *Tui Maye'u* donde se extrae la pintura amarilla; después *Wakiri Kitene* que es la puerta de entrada a *Wirikuta*; *Kauyumarie* que es un monte que lleva este nombre en honor a este sabio; finalmente llegan a *Reu'unari* el “Cerro Quemado” en el cual *Tatewari* vio salir el Sol. El *Mara'akame* les habla a los pequeños sobre la importancia de cada uno de estos lugares. Finalmente los niños están contentos porque les dan de comer los elotes tiernos, las calabazas nuevas y todo, porque ya están bendecidas, les han quitado las flechas de enfermedad.

Los elotes y las calabazas tiernas son los niños representados por estos frutos. Por eso esta fiesta es “La ceremonia de los niños”. Ya que los pequeños son vulnerables y pueden enfermar, y muy lamentablemente morir antes de convertirse en personas adultas. Así que esta fiesta



es para que conozcan simbólicamente *Wirikuta*, con el deseo de que también ellos alcancen a madurar y tengan larga vida, como los frutos del maíz y la calabaza.





Referencias:

Anguiano, M. (2018). *Los huicholes o wixaritari: entre la tradición y la modernidad*. Antología de textos 1969— 2017. Ciudad de México, México: CNDH. Aquí se puede leer la descripción completa de la “Ceremonia del tambor” en el artículo titulado “Volar como pájaros”.

Caminos de Luz. Universo Huicholes (Glosario). INAH. Recuperado de <https://universoshuicholes.inah.gob.mx/home.html#inicio>

Olvera, F. y Van ´t Hooft, A. (2015). *La ruta ancestral del pueblo Wixarika a Wirikuta*. *Revista chilena de antropología visual*, (26), 20— 45. Recuperado de http://www.rchav.cl/2015_26_art02_olvera_&_hooft.html#p1



FLOR DE LUNA

Paola Denisse Lozano Vera

— Abuela, el mundo cambia de forma cuando llueve. Escurren las gotas del cielo en las ventanas, pasan entre las canaletas y mojan las calles. En ese momento me invade un sentimiento de tristeza, un irremediable abatimiento por no contemplar cómo los ríos crecen y se desbordan en el profundo azul, donde habita la serpiente del océano.

Tiempo atrás, *Tatei Haramara* “Nuestra Madre Diosa del mar” me encomendó llevar las semillas cerca del sol, ahora suspiro cuando nace el alba en las temporadas de humedad. El cuerpo humano en su mayoría está compuesto de agua. Las mariposas se posan en las pequeñas flores libando su néctar. Nado, nado y sigo las trayectorias curvas del río para purificarme. Si yo fuera un pez, un hijo más de *Tatei*



Uti'naka me guiaría la luna por las noches a través de su plateada luz.

—Ya es tarde, pequeño enamorado de la luna —
dijo Tato.

—Si tuviera la fuerza para saltar a su encuentro—
respondí.

En la quietud, cuando soy un cuerpo humano observo mi rostro en el reflejo cristalino del río, se deforma lentamente. Y ella, en el fondo está allí, nos vela de la oscuridad mientras la humanidad duerme. Me fragmento espaciosamente en el tenue movimiento de las ondas. Si yo fuera un pez podría acercarme hacia ti, ¡oh agua! y escucharte mejor cada vez que alimentes las plantas.

—*Tamatsi 'Eaka Teiwari* “Nuestro hermano mayor el viento vecino” fluye hacia el poniente, se trata de *Tatei Matinieri* “Madre de la lluvia”, quien nos avisa que las lluvias se acercan — explicó Tato cuando caminábamos hacia su casa.





—Aconseja con la brisa que nos abriguemos con la prenda del sol, con el calor del vestido y un baño caliente — le respondí al abuelo.

—Hijo, yo amé a tu abuela como tú amas al cielo. Estuve totalmente ensimismado en la belleza de *Hayurika*. Yo sostengo el flujo de las corrientes porque soy el río de Atengo. Cuando joven puse todo mi empeño para unirme con las aguas de ella y aunque fueron vanos mis esfuerzos, jamás desagradecí el amor que sentí.

—¿Qué hiciste después, abuelo? — le respondí.

—Los misterios de mi querer tuvieron provecho, planté variedad de árboles frutales en mis límites. Esparcí las semillas y algunos animalitos me ayudaron a cuidar de las pequeñas raíces que ahora nutro con mi riego. Algunos jóvenes como tú vienen y se sientan en las orillas y se quedan en silencio mientras observan el curso; deshojando una flor en sus manos.



—¿Y qué le pasó cuando comenzó la sequía? — le pregunté.

—*Tatei Xapawiyeme* “Nuestra Madre Lluvia del Sur” en sus alas guarda el agua que se desborda, la lleva con ella hasta el día del diluvio. No has muerto, me dice. Tomaré un poco de ti para alimentar la tierra y tu hondo pecho.





EL VENADO DE SANGRE AZUL

Paola Denisse Lozano Vera

Esta es tu tierra, nunca lo olvides, pero antes debes encontrarte a ti mismo. Esas fueron las palabras que me susurraron en el *Reu'unari* el "Cerro Quemado". Ahora pienso que alguna vez en nuestra vida pasamos por preguntarnos quiénes somos; ¿por qué resulta tan complicado? Había buscado en todos lados y me empeñé en aferrarme al exterior sin ninguna profunda relación. Por fin impulso mis fuerzas para encontrarlo en mi interior. Mi familia cuando nací me asignó un color. Yo lo desconocía. Mis hermanos lo supieron primero porque tienen el don de ver, pero yo me demoré porque supe que llegaría la respuesta a mí sin ningún esfuerzo.

Siempre trabajé solo, ajeno a todos, y por mucho tiempo pensé que el desierto era el verdadero tono de mi piel. Soy hijo



de la arena, de los ecos de las dunas, en general, del páramo abandonado. Cargo un esqueleto famélico y el hálito de un muerto dentro de mi cuerpo. Después, pensé, seguro que era más bien transparentoso y lechoso como los granos del maíz. Descarté la idea pues a mi hermano le correspondía el blanco, no literalmente, sino que siempre fue tiernito.

Recuerdo que, en una ocasión, mientras escuchábamos el ritmo de los instrumentos en la fiesta *Yuimakwaxa* o *Tatei Neixa* la “Fiesta de los primeros frutos”, todos los niños pequeños estábamos entusiasmados por entrar imaginariamente a *Wirikuta*. Teníamos que consagrar los alimentos que le daríamos a los dioses dentro del tambor, pues las viandas llegaron a “Nuestro Abuelo” *Tatewari*. Tenía miedo de entregarle la sagrada comida, además ¿qué me tocaría comer?, ¿por qué tenía que compartirla si tenía mucha hambre? Entonces, dejé que mi hermano mayor realizara ese gesto. No fue sencillo para él, nos contó que, cuando se asomó al hueco; vio el movimiento incesante del fuego. Después de ese día, soñó los frutos más rojizos y púrpuras que ha visto y reconoció que esos colores eran parte de él. Si hubiera sido yo quien llevara



la ofrenda ¿habría observado lo mismo? Nunca pude quitarme esa duda de la cabeza.

Había dejado de creer en muchas cosas que se dicen del mundo. En mi pueblo ya se veneraba al sol “Nuestro Padre”. Me recostaba en el césped para observar el cielo. El viento acariciaba mis mejillas y peinaba mi cabello. No entendía exactamente que seres divinos con un inmenso poder pudieran controlar el curso de la naturaleza. Estaba algo incrédulo, pero mi hermano menor no. Insistía en pasar días en el cerro para darle las gracias a la luz dorada del atardecer. Eso sí, caminábamos mucho, parecía que peregrinábamos sin ningún rumbo. En uno de esos recorridos, él se acercó tanto a la punta del cerro, ¡tanto! Parecía como si se fundiera con el cielo para llegar al sol. Alzó sus manos y estas empezaron a brillar. Así supo que su color era el amarillo, pues *Tayau* “Nuestro Padre” lo decidió.

Yo comencé a sentir recelo porque no vivía un momento de revelación. Ideé otro plan. Era joven y tenía la oportunidad de viajar a otro lado, quizá a la ciudad. Sentía en las manos



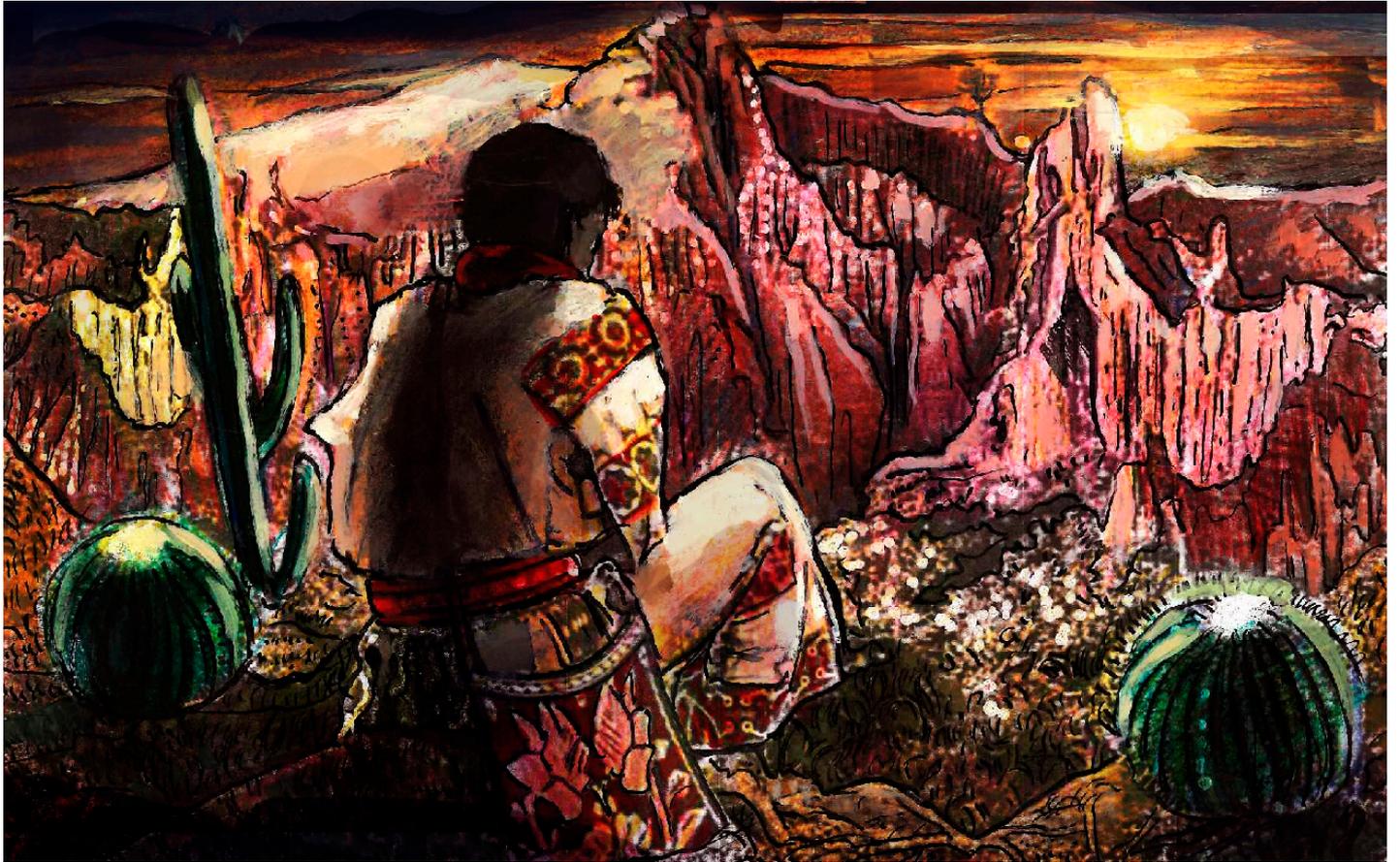
un presentimiento, uno que me aseguraba el futuro en tierras extranjeras. Así que primero tenía que conseguir un empleo para costearme la vida, pero no sabía qué tipo de trabajo. Toda mi infancia conservó un afecto al agua y a la tierra. Mis padres eran agricultores, es por ello por lo que guardé en mi cuerpo esa familiaridad. Aunque no imaginaba si allá, donde abundan los edificios, existe un campo para cultivar.

En ese instante, cuando me encontraba inmerso en mis pensamientos y rehuía de la convivencia con otros, mi hermano se acercó donde yo estaba porque quería contarme su historia de amor. Me juraba que había escuchado el canto de un ave que le acarició el espíritu.

- Tú sabes más sobre animales, ándale, hermano, ¿podrías investigar qué ave era?

- Seguramente no encontraremos esa información en un libro como tal, pero descríbemela para darme una idea— le respondí.





- La cubría un manto de estrellas y con sus garras sostenía la prenda. Llegué a entrever su plumaje café.
- ¿Llevabas tu jícara?
- Sí, ¿por qué?
- Es posible que haya sido *Tatei Niwetsika*, “Nuestra Madre”, ¿y qué más hacías en ese momento?
- Recordaba, me acercaba al *iyari* — respondió colocando su mano en su pecho —. Entonaba las canciones de nuestro pueblo, hermano, ¿habrá sido por eso que pude verla? —agregó.

Después me contó con más detalle que el ave le mostró el camino a la milpa, en donde vio una silueta femenina. Se acercó tímidamente hacia ella, pero cuando decidió tocarla se convirtió en una mazorca moteada. La colocó en sus oídos y pudo escuchar algo que no me quiso contar, pero estaba convencido de que ese era su color.



— Hay tantos misterios por resolver en este universo que observamos, hijo... pero esta es tu tierra. Cuídala porque es la casa de los dioses y la humanidad. Si decides moverte de aquí, recuérdalo y no olvides regresar.

Una noche antes de mi partida tuve algunas complicaciones para dormir. No lograba conciliar el sueño. Pensé que eran los nervios los que no me dejaban descansar, pues en la mañana empezaría el viaje a la ciudad. Fastidiado, decidí salir a caminar a las afueras del poblado. La niebla no me permitía guiarme, pero llevaba conmigo una linterna, por si las dudas. Otra vez, me encuentro solo y así será por mucho tiempo.

Entonces se escuchó un ruido entre las hierbas y las plantas. Había llovido ligeramente y cuando rozaba con las hojas humedecía mis extremidades. Picado por la curiosidad, me dirigí hacia esos ruidos y justo cuando recorrí la flora silvestre para pasar del otro lado, vi a los ojos a un venado. Coincidieron nuestras miradas. Me quedé quieto para no asustarlo, pero él con toda seguridad bajó su cabeza para que me acercara. Lentamente encaminé mis pasos. Me coloqué en cuclillas



para saber qué intentaba mostrarme el venado. Estaba en el *Reu'unari* y encontré un cactus. Volteé hacia el animalito, pero ya no estaba. Dirigí mi rostro al suelo y noté que mis manos se pintaron de azul. Me asusté.

— Tranquilo, soy *Maxa Yuawi* “Venado azul”. Mientras la voz de la lengua siga escuchándose, podrás saber de mí. Desafortunadamente el *hikuri* está desapareciendo de nuestros desiertos. Sólo no borres esto de tu memoria. Es nuestro alimento sagrado, el que nos mantuvo vivos por mucho tiempo, antes de que nacieras tú. Comparte este conocimiento y serás un *hikuritame*.

Fue más tarde cuando comprendí que para encontrarme a mí mismo no hace falta irse muy lejos. Siempre estuvo cerca, pero no presté atención a los consejos, hasta que estos me hicieron comprender que tenía un hogar dentro del pueblo, un lugar donde puedo ayudar y compartir la sabiduría de los ancestros, en mi caso, el peyote.





EL ESPEJO DE UN SUEÑO

Paola Denisse Lozano Vera

- *Iyari*, ¿me cantas antes de dormir?
- Pero no cierres los ojos todavía.
- Los tengo abiertos.
- ¿Lo prometes?
- Lo hago, vivo nuestro sueño y se sueña la vida desde que nací.
- Mantente así, pero verás que la música envolverá tu cuerpo en un capullo. Y si no dejas de soñar, una mariposa viajará dentro de ti para buscar la verdad de





nuestros ancestros— extendió la manta sobre sus pies del pequeño y continuó—. Te cuidaré mientras veas el *nana 'iyari* “El costumbre”.

Lentamente los párpados de *Kieri* cubrieron sus pupilas— dijo al comenzar su canto—. Tomó un aspecto familiar a la muerte, pero no lo estaba. Se convirtió en planta y acarició con su aliento a cientos de flores en medio de la Sierra Madre Occidental. Ahora barre las cáscaras de los frutos y descarapela las pieles de la humanidad para llevarlas al otro lado, donde nunca se detendrá el cambio.

— *Iyari*, le tengo miedo a *Kieri*. Mientras encendía la lumbre, sentí todo mi cuerpo erizarse y la fuerza de una flecha apagó el fuego. Atrapé un aire frío. No quiero dormir hoy ¿y si son pesadillas? ¿y si jamás vuelvo a despertar?

— No tienes por qué preocuparte, yo velaré tu descanso esta noche. Y si vienen a asustarte, estará cuidándote *Tamatsí Kauyumarie*, “Venadito del sol”, quien recoge



las palabras que nuestra abuela, *Takutsi Nakawé*, nos quiere decir — pasó su mano sobre la frente del muchacho y le dijo —. Absolutamente todas las imágenes oníricas tejen el mundo.

Y finalmente se durmió. Cada hilo de la urdimbre se tensaba con fuerza y conformaba el manto del soñador, *mara'akame*. En punta se bordaba una estrella de ocho picos. Se iba tejiendo a sí mismo para dirigirse hacia los rayos del sol. Ese era el trayecto que el tejido le marcaba. Pasado el anochecer, la luz redirigió su camino. Siempre estuvo atento si aparecía la “Serpiente de nube” *haiku*. No había por qué preocuparse ya que llevaba un presente para ella. La cual le pidió su alma, pero su vela lo protegió, aunque su brillo era tenue, apenas resplandeciente, todo el tiempo lo mantuvo seguro.

En momentos, escuchaba con eco el canto de *lyari* penetrar en su corazón. Pensaba que, si todavía alcanzaba a percibir los sonidos del mundo despierto, entonces seguía vivo. Las sombras le parecían reconocibles. Una mano cálida tomó la suya, era de *Takutsi* “El ser más antiguo”, quien amarró la





peregrina vida del *mara'akame* hacia el cielo, las grietas húmedas y las verdes hojas, antes de que viniera el viento y apagara el fuego.

— Pronto será de día — le susurró al oído.

— ¿Me conoce? — le respondió el soñador.

— Soy tu familia, hijito, yo te protegeré siempre. En estos tiempos, unos más lejanos al origen, se han olvidado donde surge nuestro alimento, el aire de nuestros pulmones y el sol que nos hace crecer — le tomó la otra mano al joven y continuó —. Jamás dejes de honrar a tus ancestros y a la tierra. Comparte mi mensaje al pueblo *Wixarika* porque soy real, incluso en los sueños.

Cuando despertó se acomodó suavemente su cabellera detrás de su oreja. Notó que *lyari* estaba junto a él. En lo que se despabiló y lavaba su rostro, ella le deshacía el amarre de hierbas sobre su cuerpo. Le siguió cantando para no asustarlo después de su viaje interno. Tenía la palabra de la abuela, pero poco a poco la tendría que comunicar al pueblo.





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

México, 2021